

A este tumultuoso estrépito que se aproxima, que resuelve de pronto todas sus irresoluciones y que por fin reposa su alma con la certeza de su muerte, quiere Ciceron recibirla á pie firme y sin huir. Manda parar á sus esclavos y que dejen la litera sobre la arena; obedecen estos, y él sin palidecer espera á sus asesinos apoyando el codo sobre la rodilla y sosteniendo la barba con la mano, como acostumbra cuando meditaba tranquilo en el senado ó en su biblioteca. Mira con ojo impertérrito á Herennio y á Popilio y les quita el trabajo de arrancarlo de la litera presentándoles el cuello, como el hombre que adelantándose al golpe, va al encuentro de la inmortalidad.

Herennio le corta la cabeza, y la lleva él mismo á Antonio, para que ningún otro, tomándole la delantera, le prive del placer de proporcionar la primera alegría al triunviro, y del precio del crimen al que ha vendido su espada.

## XIX.

Antonio, que acababa de entrar en Roma, presidia la junta del pueblo para la eleccion de nuevos magistrados, en el momento en que Herennio atravesaba por medio del gentio para presentarle la cabeza del salvador del pueblo.

«Ya basta, exclamó Antonio, mirando el livido semblante de aquel que tantas veces habia hecho palidecer el suyo: ¡se acabaron las proscipciones!»

Con estas palabras manifestaba que la muerte de Ciceron ella sola equivalia á una

infinidad de víctimas, y libraba su ambicion de la última virtud de Roma.

Mandó clavar la ensangrentada cabeza de Ciceron entre sus dos manos, que habian cortado, encima de la tribuna de las arengas, castigando de este modo la mas sublime elocuencia que jamás haya existido en los dos órganos de la humana palabra, el gesto y la voz. Empero, Fulvia, la muger de Antonio, no quedó satisfecha con esta venganza: hizo le llevar la cabeza del orador: la cogió con sus manos, la colocó sobre sus rodillas, la abofeteó, sacó su lengua fuera de los labios, la atravesó repetidas veces con una larga aguja de oro que sujetaba el cabello de las matronas romanas, y prolongó el suplicio, como las Furias de que era imagen, aun mas allá de la muerte. ¡Deshonra eterna de su sexo y del pueblo romano!

## XX.

Muerto Ciceron, los triunviros se disputaron la república: Octavio prevaleció. La tiranía, que hasta entonces habia sido una ausencia de la libertad, se convirtió en institucion: eximió al pueblo de toda virtud: proporcionó á los romanos, segun los vicios ó virtudes de sus señores, tan pronto épocas de próspera servidumbre, como reinados de degradacion moral y de sangre, que son la ignominia y la deshonra de la historia y el martirio y suplicio en globo del género humano.

Hé aqui una de las memorables páginas de la historia romana. Presentaremos otras sucesivamente.

## GUTENBERG.

## INVENTOR DE LA IMPRENTA.

(Año 1400 de J. C.)

La imprenta es el telescopio del alma.

Lo mismo que este instrumento de óptica, llamado *telescopio*, aproxima á la vista, aumentando, todos los objetos de la creacion, los átomos y los astros, hasta el universo visible, de igual manera la imprenta acerca y pone en comunicacion inmediata, continua, perpétua, el pensamiento del hombre aislado con todos los pensamientos del mundo invisible, en el pasado, en el presente y en el porvenir. Se ha dicho que los caminos de hierro y el vapor suprimian la distancia; pero se puede decir que la imprenta ha suprimido el tiempo. Gracias á ella todos somos contemporáneos. Yo converso con Homero y Ciceron, y los Homeros y Cicerones venideros conversarán con nosotros, de modo que puede dudarse en pronunciar si una *prensa* es un verdadero *sentido* intelectual, revelado al hombre por Gutenberg, ó una *máquina* material, pues aunque sale sin duda del papel, de la tinta, de los caracteres, de las cifras, de las letras que se presentan á nuestros sentidos, sale al mismo tiempo del pensamiento, del sentimiento, de la moral, de la religion, es decir, de una porcion del alma del género humano.

Antes de hablar del inventor, examinemos el fenómeno.

II.

Lo que constituye al hombre no son solamente los sentidos, pues los brutos tienen sentidos como nosotros, y algunos los tienen infinitamente mas delicados, mas fuertes, mas infalibles que los nuestros. Lo que especialmente constituye al hombre es el pensamiento; pero mientras tanto que este pensamiento no se revele á sí mismo y á los otros por la palabra, existe en nosotros como si no existiera. La palabra no es el pensamiento, sino la manifestacion necesaria y simultánea de él. Mientras que un hombre no pueda decir: «Yo pienso!» no ha pensado, ha soñado; ha tenido instintos, no ha tenido ideas; ha sido inteligencia sin duda, pero inteligencia cautiva y dormida en la noche de los sentidos, semejante al fuego que duerme en la ceniza pero que no sale antes que la chispa. La chispa que forma la llama del pensamiento, su luz, su libertad, su actividad en el hombre y en la especie humana es la palabra: el *verbo*, como le llamaban los antiguos, que entendian bajo este nombre de esta facultad verdaderamente divina, cierta cosa intermedia entre el hombre y Dios.

Tenian razon: la palabra es la revelacion del alma al alma, pues ¿quién otro que Dios pudo hacer en el alma, su obra y su misterio, aquella revelacion de ella misma?

Por eso inclinémonos á creer que la palabra no ha nacido en sí misma en los labios del hombre primitivo como una cosa casual, añadiendo de siglo en siglo algunas significaciones vagas

CAPILLA ALFORSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

á algunos sonidos inarticulados, y dando á los otros, sobre el sonido, sobre el encadenamiento, sobre la significación de estas vaguedades humanas, lecciones que no hubiera recibido él mismo. Para llegar así de estas vaguedades intuitivas á la palabra, de la palabra á la convicción unánime del sentido de las palabras, del sentido de algunas palabras al verbo y á la frase, del verbo y de la frase á la sintaxis lógica, de esta sintaxis á la lengua de Moisés, de David, de Cicerón, de Confucio, de Racine, sería preciso suponer al género humano mas siglos de existencia sobre este globo de barro, que estrellas visibles é invisibles hay en la *Via lactea*; sería preciso también suponerle siglos sin número de embrutecimiento, durante los cuales, el género humano, ser esencialmente moral é intelectual, hubiera en vano buscado, semejante á los brutos, un instrumento de moralidad y de inteligencia. ¿La humanidad sorda y muda durante cien mil años?..... Temería blasfemar creyendo este misterio.

Quiero mejor creer el otro, es decir, el misterio paternal del Creador, inspirando él mismo á los labios de su criatura, la palabra, el verbo, la expresión innata que nombra las cosas, viéndolas, con el nombre apropiado á su forma y á su naturaleza, pues nombrar las cosas con su verdadero nombre es verdaderamente crearlas. Si, ha debido enseñar la primera palabra y la primera lengua, aquel que ha hecho la inteligencia y el sentimiento para comunicarse, el pecho para hacer resonar el sonido de todas las fibras de nuestras pasiones, como un clave interior, siempre completo, que llevamos en nosotros; aquel que ha hecho la lengua para articular, los labios para pronunciar, la voz para llevar fuera el eco del alma. Con los vestigios de esta primera lengua perfecta, y descompuesta por algunas decadencias intelectuales, serán recompuestas las otras diversas lenguas é imperfectas, lo mismo que en las piedras de un templo destruido se reedifican lentamente en el desierto algunos abrigos para la caravana.

## III.

La palabra dada, hallada ó inventada, tenía aún que atravesar muchos siglos para llegar á este otro fenómeno: encerrar el pensamiento inmaterial é invisible en los signos visibles y materiales, grabados sobre una sustancia palpable. Este fenómeno es la escritura, la escritura traslada de un sentido á otro el pensamiento. La palabra comunicaba el pensamiento de la boca al oído por el sonido; la escritura coge el sonido á su tránsito, le transforma en signos ó en letras, y comunica así el pensamiento de la mano á los ojos. Los ojos le comunicaban al alma por esta relación para siempre misteriosa

que existe entre nuestra inteligencia y nuestros sentidos, y hé aquí la palabra que llega á ser visible y palpable habiendo sido antes inmaterial. ¿Hay un milagro comparable á este?

Realmente no se sabe quien ha inventado la escritura, pues todo lo que es casi divino es anónimo, no es dado al hombre unir su nombre personal á un descubrimiento que es evidentemente colectivo, y que pertenece á la humanidad entera; pero es indudable que en este asunto han trabajado los hombres y no Dios solo. Una vez admitida la palabra de hecho no quedaba mas que trasladarla del oído á los ojos, es una obra difícil, pero es una obra humana. Por la escritura adquiría la palabra dos cualidades inseparables que no tenía mientras era hablada y fugitiva como el sonido. La palabra escrita adquiría la *perpetuidad* y la *transmisibilidad*; de este modo llegaba á ser eterna y universal. Podíamos conservarla siempre, y podíamos oirla por todas partes.

## IV.

Por eso, desde el día en que la palabra fue escrita, el género humano en perpétua conversación consigo mismo, á pesar de la distancia, y á pesar de la muerte, experimentó progresos inmensos y casi no interrumpidos de civilización. Llegó á estar como Dios, presente en todos los tiempos. Enriqueció el pasado, cultivó el presente y elaboró para el porvenir. Escribió sus ideas, sus santos, sus historias, sus leyes, sus ciencias, sus artes, sus religiones, su tierra y su cielo. Inmovilizó por decirlo así, sus ideas fugitivas, é hizo de ellas manuscritos é instituciones. La civilización de tal ó cual país del globo se resumió casi por todas partes en una sola manifestación: el *Libro*. El universo no es mas que *Biblias*. Zoroastro, Moisés, Confucio, Mahoma, tuvieron otros tantos libros, otras tantas civilizaciones, otras tantas morales, legislaciones, filosofías, dogmas, teología, apoderándose á su vez del mundo, ó disputándose para poseerle. Y ahora el mundo pertenece al libro el mas santo y el mas universal.

Un millon de manos tomaron la caña del egipcio, la pluma del griego, el estilo del romano, el papiro, la corteza de la palmera, el pergamino de la edad media, el papel del europeo, se apresuraron á grabar en todas las lenguas la palabra, objeto de fe para el entendimiento, objeto de comercio para el arte, objeto de transporte para la industria. Los manuscritos se multiplicaron en una proporción incalculable sobre la tierra. La China, nuestra antepasada en toda invención, poseía sola, con una lengua mucho mas perfecta que las nuestras, una especie de estereotipia ó de imprenta que vulgarizaba entre sus innumerables po-

blaciones las ideas, las leyes y la religión.

En las demas partes solo la mano del hombre era la máquina del entendimiento; la profesión de los copistas era una de las mas numerosas, de las mas honradas y de las mas lucrativas de las profesiones. Los libreros sostenían millares de copistas, revendían sus copias, les daban por ellas el salario correspondiente y hacían un beneficio sobre el pensamiento. Había en Roma y en las grandes ciudades de Grecia y del Asia *barrios* particulares donde se hacía este tráfico de las ideas y de la palabra escrita. Los ricos tenían esclavos escogidos, comprados mas caros y tratados con mas familiaridad que los otros esclavos, que estaban exclusivamente consagrados por ellos á copiar las obras célebres de la antigüedad y contemporáneas para sus bibliotecas. El gobierno sostenía un gran número de ellos para sus *edictos*, y los oradores para sus discursos. Mas tarde, en tiempo del bajo imperio, fueron los eunucos, raza á la vez degradada y privilegiada, los que copiaban en Bizancio las obras maestras de la antigüedad griega, latina y hebrea.

En fin, los frailes, copistas voluntarios, fueron los que en el silencio de sus monasterios, se consagraron á esta multiplicación de la palabra sagrada ó de la palabra profana, copiando aquellos millares de ejemplares de la Biblia, del Evangelio y de los autores ilustres de la antigüedad, en el renacimiento de las letras. Como los esclavos y como los eunucos, estos frailes, alojados, alimentados y vestidos gratuitamente en los monasterios fundados y dotados por la munificencia de los reyes, de los señores de tierra ó de los fieles, podían dar á precios muy módicos la publicidad de las obras del entendimiento. No tenían necesidad de salario, porque su orden religiosa, enriquecida con los donativos y con los dominios de la religión, podía sufragar todas sus necesidades.

Bien pronto estos manuscritos, ocupación descansada para los frailes, profesión manual y comercial para los *clérigos*, llegaron á ser un objeto de arte que puso en movimiento las obras maestras de paciencia, de caligrafía, de miniatura, de dibujo á la pluma y de colorido al pincel. El arte de la imprenta, por mucho que le hayan perfeccionado hoy los *Didot*, los *Bodoni*, los *Bentley*, y todos los grandes maestros de la *prensa*, no ha igualado todavía ni igualará nunca á alguno de estos manuscritos, sobre las páginas de los cuales, como sobre los templos de Jerusalén, de Roma ó de Colonia, han trabajado millares de manos, y se han consumido sucesivamente vidas enteras de religiosos y artistas.

Sin embargo, este modo de reproducir la palabra escrita tenía siempre dos inmensas inferioridades sobre la imprenta: era lento y caro; no producía suficientemente copias para las necesidades de un consumo indefinido de lectores, y solamente los ricos podían tener biblio-

otecas. Las luces del entendimiento eran el privilegio de la iglesia, de los príncipes, de las cortes y de los felices de la tierra; no descendían á las últimas zonas del pueblo. La cabeza de la sociedad estaba en la luz, y los pies en la sombra. Otra facultad faltaba á la palabra escrita, la rapidez. El periodismo, que camina con la prontitud del rayo, en pocas horas y en pequeño volumen de un imperio á otro, no podía existir. La palabra era un libro, jamás una página; había grandes vacíos y grandes silencios en la conversación del espíritu consigo mismo. Los progresos de la verdad, de la ciencia, de las letras, de la política, eran lentos y estaban suspensos durante largos periodos.

## V.

Tal era todavía, en 1400, el estado de la palabra humana, era necesario una revolución de la mecánica, para preparar las innumerables revoluciones del pensamiento que la Providencia se reservaba cumplir en el género humano por medio de un mecánico oscuro; y lo que hay de mas notable es, que este mecánico, como si hubiese sido proféticamente inspirado por la Providencia, no hizo este prodigio por casualidad ó por codicia, como otros inventores: no, lo hizo por piedad y con la pasión santa y la conciencia presentida de lo que quería cumplir. Dijo desde sus mas tiernos años: «Dios sufre por multitudes de almas á las cuales no puede descender su sagrada palabra; la verdad religiosa está cautiva en un corto número de manuscritos que guardan el tesoro común, en lugar de propagarle: rompamos el sello que oculta las cosas santas, demos alas á la verdad, y que vaya á buscar por la palabra, no escrita por la mano que se cansa, sino multiplicada como el aire por una máquina infatigable, á toda alma viviente de este mundo.»

## VI.

Este hombre que hablaba así consigo propio y que decía estas hermosas palabras, y que se imponía este problema para resolverlo ó para morir en la pena, era GUTENBERG.

Juan Gensfleisch Gutenberg de Sorgeloch era un joven patricio, que nació en Maguncia, ciudad noble y opulenta situada en las márgenes del Rin, el año de 1400. Su padre, Fride Gensfleisch, se casó con Elisa de Gutenberg, que dió su nombre á su segundo hijo Juan.

Es probable que si Maguncia, su patria, no hubiera sido una ciudad libre, este joven ca-

ballero no hubiese podido concebir allí, ni ejecutar allí su invención. El despotismo, lo mismo que la superstición imponen silencio; hubiera sofocado el eco universal é irresistible que este hombre de genio meditaba crear á la palabra. La imprenta y la libertad debían nacer en el mismo suelo y bajo la influencia del mismo aire.

Maguncia, Estrasburgo, Wozan, y otras ciudades municipales del Rhin, se gobernaban entonces bajo la soberanía del imperio, en pequeñas repúblicas federativas, como Florencia, Grecia, Venecia y las demás repúblicas de Italia. La nobleza guerrera, la clase media y el pueblo laborioso entre las dos clases que le caracterizaban ó le oprimían á su vez, se disputaban de tiempo en tiempo, como en todas partes, la superioridad. Accesos de guerras civiles suscitadas por vanidades ó intereses, y en las cuales la victoria tan pronto quedaba por los patricios, tan pronto por los plebeyos ó por los proletarios, y varian alternativamente, vencidos, vencedores y proscriptos. Esta es la historia de todas las ciudades, de todas las repúblicas y de todos los imperios. Maguncia era una miniatura de Roma ó de Atenas. Solamente los proscriptos no tenían mares que atravesar para huir de su patria, salían de los muros, atravesaban el Rhin; los de Estrasburgo iban á Maguncia, los de Maguncia á Estrasburgo, y esperaban que variase la fortuna en pos de sus respectivos partidos ó el llamamiento de sus ciudadanos.

## VII.

El joven Gutenberg, en estas querellas intestinas de Maguncia, caballero, y combatiendo naturalmente por la causa más santa á los ojos de un hijo, por la de su padre, fué vencido por la clase media, y proscripto con todos los caballeros de su familia, fuera del territorio de Maguncia. Su madre y sus hermanas quedaron allí solas en posesión de sus bienes, como víctimas inocentes á quienes no se les imputaba el crimen de su nobleza. Su primer destierro no fué largo, y la paz se señaló por el regreso de los proscriptos. Una vaná querrela de presidencia en las ceremonias públicas en ocasión de la solemne entrada del emperador Roberto, acompañado del arzobispo Conrado en Maguncia, habiendo reanimado las rivalidades de las clases en 1420, el joven Gutenberg sufrió su segundo destierro á la edad de diez y nueve años.

La ciudad libre de Francfort se ofreció esta vez por mediadora entre los nobles y los plebeyos de Maguncia, y concedió su entrada con condiciones de igualdad de los patricios y de los plebeyos en la magistratura del gobierno.

Pero Gutenberg, sea que su valor en la guerra civil le hubiese hecho más temible y más hostil á la plebe, sea que su orgullo alimentado por las tradiciones de su raza, soportara impaciente el peso de los plebeyos, sea más bien que diez años de estudio en Estrasburgo debiesen ya girar sus pensamientos hacia un fin más noble que los vanos honores en una república municipal, es lo cierto que se negó á volver á entrar en su patria. Su madre, que velaba en Maguncia por su hijo, pidió á la república le concediesen una corta cantidad mensual como pensión, **esto es, una módica parte de la venta de sus bienes confiscados.** La república respondió que la negativa de volver á entrar en su patria era por parte del joven patricio una declaración de guerra, y que no podía pensionar á sus enemigos. Gutenberg, obstinado en su destierro voluntario y en su desden, vivió con los socorros que le suministraba su madre reservadamente.

Pero gozaba ya en Estrasburgo de una popularidad tan elevada por su carácter y por sus estudios, que un día, el primer magistrado de Maguncia, habiendo pasado por el territorio de Estrasburgo, los amigos de Gutenberg le prendieron, le encerraron en un castillo, y no consintieron en darle la libertad hasta que la ciudad de Maguncia hubiese firmado un tratado que devolvía su patrimonio á su proscripto. Así, este joven tribuno del entendimiento humano, que iba por su invención á destruir para siempre las preocupaciones de raza, y devolver con el tiempo la libertad y la igualdad civiles á todos los plebeyos del universo, comenzaba su vida, todavía ignorada, por combates de casta, contra el pueblo á la cabeza de los patricios de su patria. Pero la razón de Gutenberg, creciendo con la edad, iba á lanzar en los brazos el uno del otro á este pueblo, á este patricio que se miraban como enemigos.

## VIII.

La restitución de sus bienes permitió al joven Gutenberg satisfacer sus gustos literarios, religiosos y artísticos viajando de ciudad en ciudad para estudiar en ellos los monumentos y para visitar los hombres de todas las condiciones, célebres por su ciencia, su arte y hasta su oficio. Los artesanos entonces en Alemania ocupaban casi el mismo rango que los artistas; era la época en que los oficios, apenas descubiertos, se confundían con las artes, y en la que las más grandes profesiones daban á luz sus primeras obras maestras, las cuales se admiraban por la novedad y por su prodigio. Gutenberg viajaba solo, á pie, con la valija que contenía su ropa y sus libros á la espalda, como un simple estudiante que visita

las escuelas, ó como un artesano que busca un maestro. Recorrió de esta manera las orillas del Rhin, la Italia, la Suiza, la Alemania, en fin, la Holanda, no sin objeto, como hombre que deja caminar errante su imaginación al capricho de sus pasos, pero llevando por todas partes con él su pensamiento fijo, como una voluntad inmutable conducida por un presentimiento. Este pensamiento, era el de pagar con la Biblia la palabra de Dios en un número mayor de almas.

Es glorioso para la imprenta haber sido dada al mundo por la religión, y no por la industria. El celo solo era digno de construir el instrumento de toda verdad.

Se ignoran los procedimientos mecánicos que Gutenberg combinaba hasta entonces en su pensamiento; pero una casualidad los borró todos, y le aproximó instantáneamente á su descubrimiento. Un día, estando en *Haarlem*, en Holanda, el sacristán de la catedral llamado *Lorenzo Koster*, con el cual había contraído vínculos de amistad, le hizo admirar en la sacristía una gramática latina, ingeniosamente reproducida por caracteres tallados sobre una plancha de madera para la instrucción de los seminaristas. Una casualidad proporcionó á este revelador gratuito el bosquejo de la imprenta.

## IX.

El joven y pobre sacristán de *Haarlem* estaba enamorado. Paseándose en la primavera, en los días festivos fuera de la ciudad, se sentaba bajo los sauces á orilla de los canales. El corazón afectado con la imagen de su novia, se complacía como todos los amantes, en grabar con la ayuda de su navaja la primera letra del nombre de su querida, y la primera letra de su propio nombre, entrelazados juntos en símbolo rústico de la unión de sus almas y del enlace de sus destinos. Pero en lugar de dejar estas letras grabadas sobre la corteza para que creciesen con el árbol, como sucede con otras letras que se ven al borde de los bosques y de los arroyos indicando cifras misteriosas, esculpía estas letras amorosas sobre pequeños pedruzcos de sauce despojados de su corteza, y sudando todavía la humedad de su savia; luego los guardaba, como un recuerdo de sus sueños y como un monumento de la ternura que tenía hacia la que amaba.

Un día, habiendo tallado estas letras en la madera verde aparentemente con más arte y perfección que tenía de costumbre, envolvió su pequeña obra maestra en una hoja de pergamino, y la llevó á *Haarlem*. Al desdoblar al día siguiente la hoja para ver sus letras, quedó admirado al ver la cifra perfectamente reproducida en el pergamino por el relieve de las le-

tras, cuya savia había sudado durante la noche y reproducido su imagen sobre la hoja. Esto fué para él una revelación. Talló en madera otras letras sobre una tabla más ancha; reemplazó la savia con un licor negro, y obtuvo de este modo la primera plancha de imprenta. Pero no podía imprimir más que una sola página; la movilidad y la combinación infinita de los caracteres que las multiplicaban en proporción infinita á las necesidades de la palabra escrita faltaba allí. El procedimiento del pobre sacristán *Koster* hubiera cubierto la superficie de la tierra de planchas talladas en relieve, que no hubiera reemplazado á un solo cajista de imprenta movable. Sin embargo, el principio del arte estaba encerrado en la sacristía de *Haarlem*, y dudáramos atribuir la gloria á *Koster* ó á Gutenberg, si en el uno la invención enteramente accidental no hubiera sido un don del amor y de la casualidad, y en el otro una conquista de la paciencia y del genio.

## X.

Sin embargo, al aspecto de esta plancha grosera el relámpago salió de entre la nube para Gutenberg; contempla la plancha, la analiza, la descompone, la vuelve á componer, la modifica, la disloca, la ajusta, la vuelve, la llena de tinta, la aplica, la dprime... El sacristán admirado de su largo silencio, asiste sin saberlo á la maravillosa operación meditada hace diez años en el cerebro de su visitador, y cuando Gutenberg se retira lleva un arte consigo.

## XI.

Al día siguiente, como un hombre que posee un tesoro, y que no tiene descanso ni sueño antes de haberle depositado en secreto, Gutenberg deja á *Haarlem*, y sube presuroso las márgenes del Rhin, llega á Estrasburgo, se encierra en su laboratorio, se fabrica el mismo sus útiles, rompe, bosqueja, desecha para volver á comenzar sus pruebas, y concluyó por ejecutar en secreto un bosquejo feliz de imprenta sobre pergamino con caracteres móviles en madera unidos por un hilo, cuya faz lleva una letra en relieve de su alfabeto. Primer alfabeto, grosero, pero sublime, con veinte y cuatro letras que se multiplican como los rebanos del patriarca, y que concluyen por cubrir el globo de caracteres donde se encarnó todo un elemento nuevo y material, ¡el pensamiento!